

MAÑANA

Risueña está la vida. La luz en el paisaje
ondula como un velo dorado y
[transparente...
Canciones de las aves... Rumores de la
[fuente,
y una agreste fragancia en el alto follaje.

LA ULTIMA CANCION

Dulce silencio de la tarde muerta
sobre los campos de fragancia llenos,
cuando en el alma una canción remota
llora la ausencia de un amor sereno.
Llegan las sombras hasta los cristales
de mi ventana, insinuando un dejo

de honda paz y beatitud celeste;
y desde el fondo de mi amor contemplo
cómo se alejan las llanuras tristes
hasta tocar la inmensidad del cielo...
Pasa una nube silenciosa y lenta
como la vaga anunciación de un sueño,
y en la lejana soledad se pierde
el dulce canto del postrer labriego...

RECLINASTE EN MI PECHO...

Reclinaste en mi pecho tu cabeza,
temblorosa de amor entre mis brazos.
Levemente tus labios sonreían
y tus ojos estaban entornados...
Así te contemplé por un instante...
y hundí todo mi espíritu en tus labios.

Divagaciones en torno del libro de Juan José Carazo

He aquí un libro que se nos presenta con la hermosa sencillez de un fruto maduro y jugoso que acaba de desprenderse del árbol.

La vanidad epidémica no ha puesto ni un adarme en la elaboración de sus páginas.

El hombre que lo ha escrito no se tiene por un hombre de Ciencia, ni por un hombre de Arte. Es tan sólo un hombre que se ha puesto a observar con Amor y a contar con pasión lo que ha sorprendido en la naturaleza y en los libros, sin ansias de que su nombre pase a la posteridad, ni de fundar escuela, ni de lanzar verdades incommovibles, de esas que para no ser discutidas se van derecho al fondo, con ánimo de pasar los siglos en una dulce penumbra o en una absoluta oscuridad.

Las plantas le atraen más que los hombres, porque le parece que viven una vida más justa, y de toda su obra se siente levantarse un canto a las plantas parecido a aquel que Walt Whitman entonara al pensar en los animales:

«Pienso que podría transformarme y vivir
[con los animales,
son tan plácidos y se bastan de tal modo a sí
[mismos]
Me detengo y los contemplo largo, largo
[rato.

No sudan ni se lamentan por su condición,
no están desvelados en la oscuridad llorando
[por sus pecados,
no me enferman discutiendo sus deberes
[para con Dios,
ninguno está descontento, a ninguno lo en-
[loquece la manía de poseer riquezas».

El libro de Juan José Carazo es un libro leal que no trata de parecer sino de ser. Díganlo si no la frase tosca, la forma descuidada tirada de cualquier modo sobre el pensamiento limpio y

fuerte como para no escandalizar a los pudorosos con su sana desnudez.

La impresión que deja su autor es la de que al escribir su libro no ocupa una cátedra sino un banco de estudiante; y su libro, la de una obra que no pretende ser definitiva, sino de esas que en vez del punto final categórico tienen al terminar un signo de duda—, y la duda es infinitamente más dinámica que la certidumbre—, un signo de interrogación seguido de unos puntos suspensivos, campo libre para que la Curiosidad y la Esperanza puedan venir a otear el porvenir. El mismo se expresa así en su explicación liminar: «No es eso definitivo, pues más adelante deberá variar conforme vaya variando la visión del hombre, es decir, mejorando».

El héroe del libro de nuestro amigo se llama «ñor Juan», y ñor Juan es Juan José. Y esto de que delante del nombre vaya un ñor y no un don, no es porque de la combinación le resulte un don Juan—, personaje que me atrevo a asegurar desconocido en sus dominios sentimentales—, ni es algo que no tiene sentido alguno en el caso presente para quien conoce íntimamente al autor. La afnesis nos revela su actitud interna con respecto al público que es la de pasar inadvertido como pasaría el anciano solitario, de tosca apariencia, en la Feria de las Vanidades, a quien nunca nadie allí habría saludado anteponiendo un don a su nombre.

El don lo colocan el servilismo y el respeto, en los dueños de riquezas, en los que visten bien, en los maestros y en las gentes de saber. No en los grandes maestros, cuya sencillez es la del mar o del sol en donde el penachillo

de ese adjetivo ni siquiera se echaría de ver, y así se llaman simplemente Sócrates, Jesús, Dante, Tolstói, Einstein.

Como Juan José no se siente ni entre los primeros ni entre los segundos, inconscientemente coloca el ñor sobre la cabeza de su héroe; y el ñor americano cobra en torno de la frente «alta y limpia» del viejecillo, un aspecto de enmarañamiento luminoso de humildad y orgullo naturales—, que nada tienen que ver con la modestia y soberbia que tanta aceptación tienen entre la hipocresía e insolencia de las gentes civilizadas—, aspecto que hace pensar en el mango dorado por un rayo de sol que crece sobre la corteza de un árbol hermoso.

Juan José Carazo pone al frente de su libro su nombre, sin pensar que esto de ser autor da cierto prestigio a los ojos del prójimo; al hacerlo lo anima el mismo sentimiento que tuviera al dar el nombre para registrar la partida de nacimiento de un hijo. Al hablar de su obra no lo hace como de una propiedad: lo que escribe está en la vida, y él no hace más que alumbrarlo con los rayos de su entusiasmo para hacerlo visible a los ojos de quienes no habían podido o querido mirar. Lo importante para él no está en su nombre sino en que se mire con amor a sus queridas plantas. Lo importante está en agitar la Curiosidad, sobre todo en el pensamiento de los niños en donde la moral no ha podido aún chupar la espontaneidad. ¡La Curiosidad! la primera de todas las virtudes cuando pone su fermento en una noble inteligencia. El Génesis nos la presenta como la chispa que encendió la vida de la humanidad. Sin embargo, es una fuerza vista generalmente con malos ojos por la Escuela y una de las pruebas es la gran aceptación que tienen ciertas lecturas con moraleja, que tienden a apagar en el ánimo infantil el ansia de buscar para encontrar.

Por sólo esta tendencia de querer darle a la Curiosidad un capital interés en Educación, es hermoso el libro de Juan José Carazo.

Es muy probable que serán muchos los espíritus que saldrán inquietos de esas páginas, deseando comprobar lo que dice Burbank sobre la polinización de las flores o lo que cuenta el autor de la pérdida de las espinas en los rosales que crecen en ambiente propicio, de la generación espontánea y tantas y tantas otras cosas maravillosas.

Y al terminar pienso con cariño y respeto en el amigo que ha escrito este libro, y me parece ver su cabeza altiva e hirsuta que no sabe hacer zalemas

ante las gentes importantes o respetables, inclinado lleno de ternura y paciencia sobre la hierba dormilona, para saber si el contacto de una lluvia ligera, el de las patitas de las abejas o el del viento, pliegan las hojuelas de la planta sensitiva y si el humo o una onda sonora logran abrirlas.

CARMEN LIRA.

Febrero de 1924.

La alegría de saber

En la reunión pública de las cinco Academias, celebrada en la *Académie des Sciences* de París, a últimos del pasado octubre, el eminente geólogo M. Pierre Termier, pronunció un discurso tan elocuente como todos los suyos, en el cual trató de admirable manera de la *foie de connaitre*, de la alegría que experimenta el sabio, cuando acierta a conocer antes que otros, algunos de los innumerables problemas que esconden las Ciencias.

«Pero ¡ay! — dice M. Termier — nunca se sabrá todo, y la alegría de los más grandes sabios quedará incompleta y parcialmente oscurecida. Sin duda no se sabrá jamás qué es la luz y cómo marcha a través del mundo; cómo se ha constituido la Tierra, y si es una nebulosa condensada o un agregado de pequeños cuerpos sólidos unidos entre sí; cuál es el estado de su núcleo interno, si es sólido, líquido o gaseoso... pero quizá se averiguará algún día por qué tiembla la Tierra... quizá se podrá prolongar algo la vida humana... ¡Considérese cuál será la alegría que experimentará el que haya podido vencer, por ejemplo, la tuberculosis o el cáncer...!»

«Sí, la ciencia es causa de alegría para los hombres. Por esto habrá siempre sabios, mientras haya hombres capaces de pensar. Ciertamente, las Academias hacen bien en instituir premios y en prometer recompensas, para estimular a los investigadores; pero ¿qué premio puede compararse a la alegría del descubrir?»

«Y ¿qué recompensa no parecería mezquina comparada con la que la Verdad misma otorga a quien ha logrado levantar una punta de su velo? «Yo soy tu recompensa, demasiado grande para tu pobre corazón», dice la divina Sabiduría: *Ego ero merces tua magna nimis*. La alegría de conocer nos parece a veces tan abrumadora, que uno hasta llega en ocasiones, a tener miedo de no poder resistir su enorme peso y tener que morir de ella».

(Hérica, Tortosa, España).

Poeta y luchador

[Palabras pronunciadas en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria de México, el 30 de Noviembre de 1923, en memoria de HÉCTOR RIPA ALBERDI.]

Los amigos que deja en México Héctor Ripa Alberdi han querido ofrecer este homenaje de afecto a su memoria, en el cual me toca pronunciar estas breves palabras sólo porque fui quien más de cerca conoció la vida y la obra de aquel poeta y estudiante que trajo a México, en 1921, con cuatro bizarros compañeros, el mensaje de fraternidad y rebelde esperanza de la juventud argentina.

Muere Héctor Ripa Alberdi a los veinte y seis años, cuando apenas había puesto las primeras piedras de su obra y se preparaba a construir. El poeta había lanzado a los vientos dos pequeños volúmenes y pensaba en los poemas nuevos. El ensayista había publicado el estudio sobre *Sor Juana Inés de la Cruz* y concebía vastísimos planes. El estudiante que conocimos en 1921 era ya maestro de la Universidad. El insurrecto de 1918 se preparaba a llevar hasta la cima las banderas de la revolución.

Alma límpida, pensamiento claro, carácter jovialmente tranquilo, fué Héctor Ripa Alberdi, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo. Nuestros cantores de la serenidad, González Martínez y el argentino Arrieta, con su melodía cristalina, con su delicada armonía lacustre, parecían guiarlo: en realidad, a González Martínez lo advino antes de conocerlo. La naturaleza se trocaba, a sus ojos, en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada. A veces, su voz se levanta, va en busca de almas distantes, puras como la suya.

Pero en una ocasión la turba de los estudiantes arrancó de su retiro al poeta y le hizo cantar la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares.

Y es que aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte. A la honda paz de su vida interior unía la firme entereza de su vida pública. Y es así cómo, hombre sereno en su país de hombres inquietos, pudo ser uno de los animadores de aquel formidable movimiento que en 1918 agitó las escuelas argentinas y las obligó a renovarse. La juventud demandaba la autonomía eficaz de las Universidades, la participación

del estudiante en los consejos que determinan orientaciones, la renovación de las ideas y de los hombres. La lucha, tenaz, violenta, trágica a veces, alcanzó triunfos rápidos. Pero la reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, está en vela, y no ha cesado de atacar y mirar las conquistas de los jóvenes. La lucha no es ya violenta, pero es constante: día por día hay que defender las reformas; Héctor Ripa Alberdi entró, por sus méritos de hombre de trabajo y estudio, a la cátedra universitaria, pero no para transijir con la reacción, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas avanzadas: antes bien, reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi los hizo la edad conservadores ni renegados. Como si se inspirara en tales ejemplos, Héctor Ripa Alberdi persistía en su fe: poco antes de morir, acababa de fundar, con sus amigos, la revista que es portavoz de la revolución universitaria en la Argentina.

A traernos la voz de aquella rebelde y esforzada juventud vino a México, con sus compañeros, Héctor Ripa Alberdi. Aquí, en este recinto, dijo su primer mensaje, invocando a Platón como héroe epónimo de las juventudes capaces de combatir por el ideal. Aquí encontró entusiasmo para sus devociones, afecto para su cordial limpieza.

Sus amigos se llamaron José Vasconcelos, Vicente Lombardo Toledano, Julio Torri, Salomón de la Selva, Roberto Montenegro, Manuel Gómez Morín, Daniel Cosío Villegas, Carlos Pellicer, Eduardo Villaseñor... México le interesó profundamente: le sedujo su honda agitación cobijada por la solemne paz de su naturaleza. Y a su patria volvió, con sus compañeros, para comunicar a todos la fe en el México Nuevo. Cuando, en 1922, visitamos la ciudad universitaria de La Plata, encontramos el «ambiente mexicano» creado por ellos: no sólo los versos de los poetas mexicanos, sino las estampas de edificios coloniales, las canciones del pueblo, repetidas por la juventud, el entusiasmo por las «ideas mexicanas»... Desde hace dos años, México es para aquella juventud símbolo de la pujanza con que la América latina concibe los ideales de una civi-